

superficial a los títulos permite un primer acercamiento al tema de la literatura tradicional.

Dice la editora:

No queda sino desear que este conjunto de textos sirva para subrayar y difundir que la literatura de tradición oral es un campo que ofrece al estudioso una enorme gama de acercamientos posibles: la aproximación teórica; la caracterización de un género; el estudio de temas, motivos y fórmulas; la configuración de personajes; los rasgos peculiares de distintas regiones culturales; los estudios comparativos; su relación con la escritura y otras formas literarias o artísticas (12).

Efectivamente, se trata de un volumen que aporta numerosos puntos de vista, perspectivas e instrumentos de investigación para enfrentarse al valioso campo de la literatura tradicional.

CECILIA LÓPEZ RIDAURA

Juan Carlos Ramírez-Pimienta. *Cantar a los narcos. Voces y versos del narcocorrido*. México: Planeta, 2011; 247 pp.

Juan Carlos Ramírez-Pimienta nació en Tijuana, Baja California; hijo de la frontera, es el investigador más importante del mundo del corrido en México y Estados Unidos. Ramírez-Pimienta ha tenido la virtud y la tenacidad de abrir nuevos senderos de estudio en el panorama historiográfico del corrido mexicano; su visión sobre el fenómeno es compleja e incluyente de realidades como la oaxaqueña o la colombiana. Las aportaciones que ha hecho al mundo del corrido me parecen definitivas para considerarlo uno de los investigadores más importantes en la historia del corrido, al lado de Vicente T. Mendoza, Celedonio Serrano, Américo Paredes y Guillermo Hernández.

El primer acierto que detecto en el libro *Cantar a los narcos* de Juan Carlos Ramírez-Pimienta es que está escrito en español. Si

consideramos que el autor forma parte del sistema académico estadounidense, estar en español le brinda la posibilidad de ser leído por más individuos (especialistas e interesados de la cultura), en más países; es un rasgo valioso, asimismo, porque acerca más al mundo chicano con sus raíces mexicanas, lo que me parece un acto de compromiso, objetividad y sensibilidad existencial para con el migrante en Estados Unidos. El libro de Juan Carlos Ramírez-Pimienta es, ante todo, un homenaje a la nueva mexicanidad, la construida en el México de fuera, el que migró a Estados Unidos y que desde hace décadas concentra la vanguardia en manifestaciones culturales que permanente reinventan el ser mexicano.

Cantar a los narcos está conformado por seis capítulos: “Contrabando y leyenda”, “La otra carga prohibida... la droga”, “Los Tigres del Norte y el resurgimiento de un género”, “Caro Quintero en el narco imaginario mexicano”, “El mito del *Pela Vacas*, Chalino Sánchez” y “Oaxaca también compone narcocorridos”. Todos los capítulos muestran un equilibrio interno y una conexión argumentativa que van llevando al lector por los senderos del narcocorrido. El objetivo central del libro es hacer una lectura cultural, interpretar los diferentes usos del corrido: ¿qué nos dicen de las sociedades que lo producen?

Ramírez-Pimienta señala que en los primeros años de la década de los noventa del siglo XX se daba por sentado que el primer corrido con temática de narcotráfico era *Carga blanca* de Manuel C. Valdez. Se daba también por hecho que *La canela* era otra muestra temprana del género. Ninguno de los dos supuestos resultó verdadero: años después, Armando Hugo Ortiz, investigador del corrido norestense, documentó en el III Congreso Internacional del Corrido (realizado en Culiacán en mayo de 2003) que *La canela* no se trataba de un eufemismo o de alguna clave para nombrar a la droga, sino de un verdadero corrido sobre contrabando de canela proveniente de Ceilán; su ruta era Reynosa-Monterrey (12).

Los antecedentes del narcocorrido se remontan a los corridos de contrabandistas fronterizos de fines del siglo XIX, durante el régimen de Porfirio Díaz (1876-1911). En esos años lo que se tra-

ficaba no era marihuana ni cocaína, sino telas, especias y ropa; el flujo de este contrabando no se daba, como hoy en día, de sur a norte, sino que se transportaba mercancía de Estados Unidos a México. Mariano Reséndez, por ejemplo, miembro de una pudiente y respetada familia del noreste mexicano, era

un afamado contrabandista [...] que traficaba con textiles, pero en la dirección contraria a lo que se considerará la norma posterior, es decir, contrabandeaba de Estados Unidos a México. Un buen número de los primeros corridos de contrabando son de textiles; [en estos] se habla de tráfico de norte a sur” (10).

El antecedente más importante de los corridos de narcotráfico se produce en las décadas de los años veinte y principios de los treinta del siglo pasado, con los corridos de contrabandistas tequileros (22).

Si pensamos en el narcocorrido como el canto a los narcotraficantes, entonces una primera muestra del género sería *El Pablote*, compuesto e interpretado por José Rosales. Este corrido fue grabado en El Paso, Texas, el 8 de septiembre de 1931; se refiere a la figura de Pablo González, un importante traficante chihuahuense de principios del siglo XX, uno de los primeros *capos* mexicanos del narcotráfico.

El corrido de narcotráfico se fue convirtiendo en *narcocorrido* a medida que la temática transitó del narcotráfico, sus peligros y aventuras, a la vida suntuosa y placentera del narcotraficante; de manera que hubo un desplazamiento del acontecimiento hacia el personaje. De acuerdo con el autor, es a partir de la década de los ochenta que debemos llamar *narcocorrido* al género; a partir de entonces los textos ya no versan tanto sobre enfrentamientos entre policías y contrabandistas, sino que se centran en celebraciones donde abundan el consumo de drogas, la ostentación y los excesos sexuales (14). El narcocorrido debe ser entendido como ‘historias de narcóticos’ en las cuales las vidas de sus personajes ejemplifican al hedonismo delincuenciales, encarnado en personajes como el Mochomo.

Sobre Los Tigres del Norte, Ramírez-Pimienta establece que deben ser considerados los principales artífices del surgimiento de los corridos de narcotráfico en la década de los setenta (84). En las dos décadas previas se había dado un evidente vacío en el corpus de esta corriente musical. Lo anterior no significa que no se hayan compuesto, grabado o interpretado corridos con temática de narcotráfico y de narcotraficantes; el hecho, según lo establece el autor, es que ninguno logró una prominencia y permanencia mediática regional, ni mucho menos nacional.

Ramírez-Pimienta considera que el vacío relacionado con el llamado *milagro económico mexicano*, en las décadas de los años cincuenta y sesenta, convirtió en héroes a muchos narcotraficantes; de acuerdo con él, la relativa estabilidad social y económica de mediados del siglo XX en nuestro país tuvo un efecto contrario (85). El resurgimiento del corrido de traficantes es simultáneo al desmantelamiento del tejido social, político y económico mexicano que inicia a finales de los sesenta. Al fallar el Estado, al no poder ofrecer oportunidades de desarrollo económico, el narcotráfico y el narcotraficante florecieron. Estudiar el surgimiento y trayectoria de Los Tigres del Norte es importante para entender el “México de dentro”, así como el llamado “México de fuera”, el que se trasladó a Estados Unidos (87):

La historia de Los Tigres del Norte es la historia del México que dejó México y emigró al norte del Norte. Una de sus grandes virtudes es que tanto sus corridos de narcotráfico como los del emigrante y políticos han sabido tomarle el pulso al país durante décadas. Los Tigres del Norte podrán vivir en San José, California, pero sus composiciones viven en ambos lados de la línea fronteriza y ellos mismos pasan muchos días del año haciendo giras por los dos Méxicos. Más que un grupo musical, Los Tigres del Norte cumplen una función de agentes sociales, de creadores y modificadores de percepción pública (119).

En el capítulo IV, Ramírez-Pimienta aborda un episodio complicado en la historia reciente de México, se trata del acontecimiento Caro Quintero-Kiki Camarena. De acuerdo con el autor,

en esta historia existe un elemento cardinal del corrido fronterizo: el enfrentamiento del héroe con las autoridades norteamericanas (142): al desafiar al gobierno estadounidense, Caro Quintero reivindicó los atropellos y las vejaciones que muchos mexicanos sufrieron a manos de aquellas. Para Ramírez-Pimienta la historia de Caro Quintero fue la causa del cambio que precipitó el género a su vertiente de narcocorrido: cuando la voz del pueblo, y aun la de algunos miembros de la élite mexicana, comenzó a considerar la posibilidad de que Caro Quintero pagara la deuda externa de México, se motivó una incipiente apropiación de la narcocultura, que para la década de los noventa fue definitiva (146), y “comenzó también a crearse un público más receptivo a un nuevo tipo de héroe corridístico” (14).

Con Chalino Sánchez se confirma que el *locus* de enunciación del corrido norteño se había desplazado al norte de la frontera, es decir, a las comunidades mexicanas en Estados Unidos. A pesar de que la gran mayoría de sus corridos no tratan explícitamente del tráfico de drogas, mucha gente considera erróneamente a Sánchez como el padre del narcocorrido, argumento que sigue presente en el imaginario colectivo. Chalino llevó al narcocorrido a una juventud México-americana que antes había considerado la música norteña como algo muy ajeno a su experiencia; entonces cientos de mujeres y hombres en California cantaban en español y se comunicaban en inglés. La herencia de Chalino es haber revitalizado el corrido mexicano; hizo que miles de nuevos seguidores lo veneraran como el primer mártir del narcocorrido; después vendrían Valentín Elizalde, Beto Quintanilla y Sergio Vega, de Ciudad Obregón, Sonora. Según Ramírez-Pimienta, el mayor activo corridístico de Chalino es él mismo, pues su vida fue idéntica a la de los personajes de sus corridos. Chalino no solamente escribía la vida peligrosa de los narcotraficantes, sino que la vivía; lo suyo no era pose, sino realidad. Su muerte lo convirtió en una leyenda del corrido mexicano (159).

Si bien el llamado narcocorrido es una producción cultural esencialmente fronteriza, en años recientes la frontera misma parece haberse desplazado hacia el norte del Norte (Chicago) y al

sur del Sur (Oaxaca). Esta fronterización ha provocado el desplazamiento de la mexicanidad abajeña hacia el norte de México y al sur de los Estados Unidos. Si en la década de los cuarenta la construcción de la identidad mexicana abrevaba del charro, del tequila y de la música de mariachi, ahora, en pleno siglo XXI, la mexicanidad está en el norte.

El último capítulo del libro, “Oaxaca también compone narcocorridos”, constituye una aportación valiosa, pues Ramírez-Pimienta es el primer investigador que desde el norte reflexiona sobre el fenómeno del narcocorrido en el estado sureño de Oaxaca. Si bien existen diversos corridos que enaltecen la identidad oaxaqueña —interpretados por Los Originales de San Juan, Los Razos y Exterminador, agrupaciones instrumentistas catalogadas como violentas en su discurso—, el autor toma como base para su análisis un corpus de agrupaciones nortenas de la entidad, como Acción Oaxaca (193). Este elemento resulta importante, pues se trata de músicos que no figuran en el panorama corridístico del centro de México; de esta manera, el capítulo referido abre el estudio del narcocorrido a realidades poco atendidas.

Juan Carlos Ramírez-Pimienta considera que es en la diáspora que el oaxaqueño se ve expuesto a la música nortena —y al narcocorrido como una de sus ramificaciones culturales. Argumenta que la música nortena ha servido al oaxaqueño para acortar distancias y mitigar la doble nostalgia, la del Norte y la del Sur (193). Además de la migración, el otro fenómeno que ha contribuido al arraigo del narcocorrido en Oaxaca es el narcotráfico, hoy presente en casi todo México. De entre todas las regiones de Oaxaca, la Mixteca es la que tiene una mayor tradición migratoria, es también la región más pobre de la entidad y cuna de las organizaciones instrumentistas más importantes en el mundo del narcocorrido oaxaqueño; no es casual, pues, que los textos pongan énfasis en aquella región (195).

Las características del narcocorrido oaxaqueño son una humildad difícil de encontrar en las producciones narcocorridísticas de otros estados, como Sinaloa, Tamaulipas y Michoacán, y su afán por reivindicar el origen desde una perspectiva étnica y no sólo

geográfica. Por lo tanto, el oaxaqueño mestizo y el indígena utilizan el corrido norteño para entablar un diálogo con el resto del país, así como con la comunidad mexicana en Estados Unidos, fundamentalmente, con la californiana. Desde luego que otro de los rasgos del narcocorrido oaxaqueño es la búsqueda constante de reivindicación de identidades (203).

El libro de Juan Carlos Ramírez-Pimienta es una investigación bien escrita, documentada y propositiva. Su consulta se vuelve necesaria para investigaciones presentes y futuras que tengan como interés central el mundo del corrido, no sólo del narcocorrido. Si bien Ramírez-Pimienta cuenta con una cantidad de publicaciones realmente importante, es necesario que gradualmente estas vayan siendo reunidas y editadas en libros. La tarea con la que cumple Ramírez-Pimienta es de suma importancia para el mejor entendimiento de la mexicanidad, a través de las músicas, en el proceso de hibridación entre el México de adentro y el México de fuera, el que se encuentra en Estados Unidos.

Este *México de fuera* marca pautas desde hace décadas en las modas musicales, como las bandas de viento comerciales de finales de los años ochenta (La Móvil y Vaqueros Musical), la *quebradita* y el *pasito duranguense* (Montez de Durango), que luego vienen a homogenizar gustos musicales en el *México de adentro*. No se debe ignorar la hegemonía cultural norteña que viene *colonizando* al México de adentro desde la década de los años setenta del siglo xx.

LUIS OMAR MONTOYA ARIAS
CIESAS-Peninsular

Dahlia Antonio Romero y Silvia A. Manzanilla Sosa, ed. *La risa en los cantares del pueblo ecuatoriano*. México: Ediciones Sin Nombre / CONACYT / Universidad de Sonora, 2011; 100 pp.

A los ideólogos hispanoamericanos de la primera mitad del siglo XIX les tocó la tarea de construir el espíritu y la identidad de las naciones de América, recién emancipadas de la corona española.